

**DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE MONTSERRAT**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**3 de febrero de 2018**  
**Is 56, 1-7; Heb 12, 18-19; Lc 19, 1-10**

Como podéis ver, hermanos y hermanas, nuestra basílica hoy está adornada de una manera especial, y en las paredes hay una iluminación extraordinaria. Es el cumpleaños de su dedicación, cuando fue inaugurada y destinada a la oración y a las celebraciones litúrgicas. Hace 426 años. El Señor entró de una manera parecida a como entró en casa de Zaqueo, para llevar la salvación a todos los que a lo largo de los siglos rezaran aquí. Aquella dedicación, sin embargo, y la ornamentación que hoy luce esta Casa de la Madre Dios, no son sólo para honrar las paredes. Son para expresar un mensaje para todos nosotros sobre la obra que el Señor hace en este lugar.

En las paredes laterales, hay unas cruces que hoy están rodeadas con una corona de laurel e iluminadas por unas llamas, y que, tanto en las primeras vísperas como en las segundas de este día, son honoradas con incienso. Estas cruces, el día de la dedicación, fueron ungidas con el Crisma, que es el aceite perfumado y consagrado por el obispo con el que se significa la unción del Espíritu Santo sobre las personas y las cosas. Con la unción de estas cruces, se significaba que todas las paredes, que todo el edificio, era dedicado al culto cristiano y que el Señor tomaba posesión de él. Las cruces son doce, distribuidas entre el presbiterio y la nave. Doce como, según dice el libro del Apocalipsis, son doce las puertas de las murallas de la Jerusalén celestial cada una de las cuales tiene grabado el nombre de uno de los doce apóstoles (cf. Ap 21, 12). Esta nave nos manifiesta, pues, que nosotros, cuando nos reunimos aquí estamos en comunión con la Iglesia de la Ciudad Santa del cielo, donde resplandece la gloria de Dios y nuestros hermanos en la fe participan ya plenamente de la resurrección de Jesucristo. La acción salvadora de Dios y esta comunión con la Jerusalén del cielo hacen que las celebraciones que aquí se realizan estén unidas al culto que se vive en la presencia de Dios en la gloria eterna.

Además, las doce cruces que evocan los doce apóstoles, nos recuerdan que, miembros del pueblo de Dios como somos, formamos un edificio espiritual fundamentado *sobre los apóstoles, que tiene al mismo Jesucristo como piedra angular* (Ef 2, 20). El altar de piedra nos remite, precisamente, a esta *piedra angular*. Por ello, el día de la dedicación, no sólo fueron ungidas las paredes en el lugar donde están las cruces. Lo fue, también, la mesa del altar, en tanto que es símbolo de Cristo, el Ungido por el Padre con el Espíritu Santo. Él, en el altar de su cuerpo, ofreció el sacrificio de su vida por la salvación del mundo. Y es sobre el altar de la basílica que hacemos presente en cada celebración de la Eucaristía la ofrenda de Jesucristo en la cruz. (Cf. Pere Tena, "Una casa, una mesa, un solo corazón", p. 46-49).

Por eso podemos decir, que esta basílica es casa de Dios, santificada por la gracia divina, por la Palabra que es proclamada, por los sacramentos que son celebrados, por la Eucaristía que es el memorial de Señor.

También nosotros hemos sido ungidos, en nuestro bautismo y en nuestra confirmación, y los presbíteros, también, en nuestra ordenación. La unción con el óleo santo del Crisma nos ha unido con Cristo y nos ha hecho portadores del Espíritu Santo. Bautizados y ungidos, somos transformados cada día más, por medio de la fe, de la oración y de la acción de la Palabra y los sacramentos, en *templo espiritual, en ciudadanos del pueblo santo y miembros de la familia de Dios* (Ef 2, 19).

Las celebraciones en esta basílica, pues, nos hacen participar espiritualmente de *la Jerusalén celestial*, nos acercan a Dios, tal como decía la segunda lectura. Tenemos que estar, por tanto, en este lugar con una actitud de respeto, de silencio, de oración, de adoración, de acogida de los dones que nos son ofrecidos. Podemos decir con san Juan Pablo II que Dios envía unos rayos de la Jerusalén celestial, en este lugar de alabanza y de culto cristiano, y penetra así nuestra historia proyectando la luz divina y vigorizándonos espiritualmente en el camino de la vida (cf. Juan Pablo II, "Ecclesia de Eucharistia", 19). De aquí sacamos la fuerza para vivir como cristianos en una sociedad plural, para amar y servir en el ámbito familiar y laboral, para trabajar a favor de la justicia y los derechos humanos, para vivir con esperanza a pesar de que la realidad donde lo debemos hacer esté llena de dificultades. Pero, también, la luz que nos llega de la Jerusalén celestial nos permite descubrir tantas realidades de amor abnegado y de servicio generoso como hay en nuestro entorno.

Nuestra basílica está abierta a peregrinos y visitantes venidos de todo el mundo. También aquí se hace realidad la profecía de Isaías que escuchábamos en la primera lectura: *gente de todos los pueblos* acuden esta *casa de oración* que el Señor ha hecho suya. Cada día se nos hace presente la universalidad de la misión confiada por Cristo a la Iglesia: *id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos... enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado* (Mt 28, 19-20); decidles que *tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito* (cf. Jn 3, 16).

He dicho que la unción con el Crisma hizo del altar una imagen de Jesucristo, que ofrece al Padre una alabanza perfecta y que se ha ofrecido en la cruz como vida del mundo. Pero el altar nos muestra, también, que Jesucristo comunica esta vida bajo la forma de una comida. Por eso el altar es el ara donde se actualiza la ofrenda de Jesucristo y la mesa donde nos nutre con su Cuerpo y su Sangre. Una vez más somos invitados a esta mesa para consolidar en cada uno de nosotros, tal como cantaremos en acercarnos a comulgar, nuestra realidad de *templo de Dios*, de habitáculo del Espíritu Santo (cf. 1C 3, 16-17). Al celebrar, pues, la dedicación de esta basílica, por las oraciones de Santa María tomemos conciencia de la realidad santa de la que somos portadores por don de Dios.